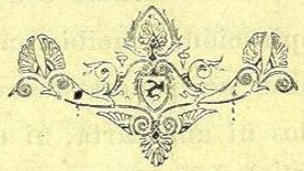
con pocas diferencias, hasta el completo triunfo de la República.

Providenciales ciertamente fueron estos hechos, que dieron vigor y esperanza á un ejército que estaba á punto de sucumbir.



LIBRO QUINTO

EN MÉXICO

I

México

Allí está México... Dejad que hable mi corazón.

¡México! El ensueño, la ilusión, la esperanza de los pobres chinacos, que sin pan y sin abrigo, vagaban en los bosques, perseguidos y despreciados, delirando con la idea de plantar su estandarte sobre los palacios de Moctezuma y de Cortés.

Allí está México.

¡Cuánto hechizo encierra ese nombre para el proscrito, que antes de sentir en su frente la sombra del pabellón invasor, prefiere comer el amargo pan de la miseria, y ser extranjero donde debe serlo!

Allí está México.

Allí están esos seres queridos que lloran en la soledad la dura ausencia del hijo, del padre, del esposo; de allí salen entre el misterio y el peligro esas cartas, frágiles hojas de papel, que llevan á los soldados del pueblo palabras de consuelo para el dolor, frases de entusiasmo para el combate, alientos de constancia para el sufrimiento.

Pliegos que abre el soldado, trémulo por la emoción, entre el temor y la esperanza; cartas en que adivina cada día menos firme el pulso del anciano padre, que vacila como un tronco carcomido sin el arrimo de su hijo, y más segura la mano del niño que crece como un rosal abandonado sin la bienhechora sombra del padre.

Allí está México.

En medio de sus sombrías arboledas, se asoman sus casas, y sus iglesias, y sus palacios, blancos y brillantes, como una bandada de cisnes que se mira en el cristal de un lago, á la sombra de las juncias y las espadañas.

Azules sus aguas como su cielo, el alma duda si es el cielo el que se retrata en el lago ó es el lago el que se refleja en el espacio.

México, hermosa sultana, tres veces cautiva y tres veces libre, ha sentido hasta el fondo de su corazón, el lúgubre sonido del asta-bandera de sus enemigos al clavarse en su suelo; y cantando al son de sus cadenas, ha vuelto sus ojos, velados por el llanto, para buscar entre las selvas esa chispa, que convertida en un incendio,

alumbrara la última noche de su martirio, extinguiéndose ante la blanca aurora de la paz y de la libertad.

El humo de los cañones nubla el horizonte; los gritos del combate llegan entre los gemidos del viento; los patíbulos proyectan en las calles y las plazas sus sombras fatídicas á la rojiza luz del sol de la esclavitud, que se opaca entre los vapores de la sangre.

Pero México esperó, porque México ha nacido al calor de una águila y en medio de una roca aislada entre las aguas, y se ha extendido de día en día, sembrando gigantes edificios, en donde antes apenas podría sostenerse la flotante linfa.

Y México esperó y venció, y la mancha que el aliento de los invasores arrojó sobre el pavés brillante de sus armas, se disipó ligera al impulso del viento agitado por las alas del águila triunfante.

México es el país de los buenos corazones: los grandes malvados son aquí un fruto que sólo se conoce en las novelas ó en las leyendas.

El tipo de don Celso, tal como le hemos descrito, tiene quizá un colorido que parecerá exagerado, y que sólo podrá pasar como un personaje de novela.

La familia, y sobre todo la mujer, son en México modelos verdaderamente evangélicos y tiernos.

Cada hogar es un idilio.

Un crimen cualquiera, por poco notables que sean los

accidentes que le caractericen, conmueve á esta sociedad.

Apenas el poeta, registrando mil anales domésticos, encontraría materia para escribir un drama.

Meditándolo bien, se siente orgullo en pertenecer á un pueblo en que la caridad no es una planta exótica, y en que la igualdad, la libertad y la fraternidad, á pesar de nuestras constantes luchas, no son una quimera.

Nuestras guerras han sido la operación dolorosa y sangrienta del cirujano que corta el miembro gangrenado por amor al enfermo, y no la herida del asesino que busca el exterminio de su víctima.

Europa nos condena sin comprendernos; América nos comprende sin condenarnos.

Dios, la historia y el porvenir, nos darán el triunfo.

II

La familia Murillo

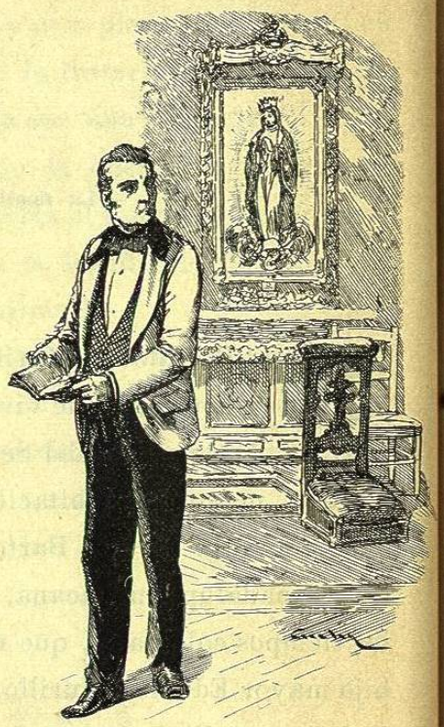
Don Bartolo del Murillo era un español, viejo, rico y honrado, que vivía tranquilamente en México desde el año del Señor de 1825, y ocupaba una magnífica habitación en la calle de Cadena.

La familia de don Bartolo se componía de su mujer doña Guadalupe, mexicana, criada con las costumbres de los tiempos coloniales, que no abandonaba nunca; de su hijo mayor Eduardo Murillo, á quien hemos visto pasando trabajos por Zitácuaro; y de una preciosa muchacha llamada Elena, que era la joya y la adoración de la familia.

La casa de Murillo presentaba, pues, por razón de los personajes, una graciosa mezcla de tipos, de costumbres y de gustos, que se hacía notar desde el traje de los criados hasta las alhajas de las señoras.

Todo aquello en que Eduardo ó su hermanita habían podido influir, tenía el carácter de la moderna civilización, y todo lo que era á gusto de los honrados viejos, llevaba el sello de las modas de los dichosos tiempos de Apodaca y O'Donojú.

La damita de honor, permítasenos dar este nombre á la criada de confianza de Elena, tenía chaqueta zuava, y castaña y botines, y casi casi se advertía cola en su vestido.



El ama de llaves de la señora doña Guadalupe, usaba armador y enaguas negras redondas y altas, y babuchas, y molote, y peinetas de carey, delantal azul con bolsas, y llevaba á la cintura, como distintivo de su oficio, un gran manojo de llaves.

El lacayo, que se colocó por influjo de Eduardo, se abría raya en el pelo y traía chaleco y corbata, y sombrero bordado con toquilla, y zapatos que rechinaban al andar, y hasta anillo: y el cochero, antiguo criado de don Bartolo, ni usaba corbata, ni chaleco, ni se abría

raya en el pelo, y usaba pantalón azul de piel de tusa, chaqueta de bayetón del mismo color y sombrero forrado de hule verde, con la falda angosta y la copa alta, salvo en los días en que los «niños», como él decía á los hijos de su patrón, le obligaban, mal de su grado, á plantarse la librea.

Los muebles de la casa iban también así así.

Si por un lado se veía un elegante reclinatorio con un cojín de terciopelo, que servía á Elena para rezar, por otro se presentaba un baldaquín de damasco encarnado, con un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y en el suelo, delante de él, un petatito de Puebla, en donde la madre se arrodillaba para hacer oración.

Los viejos muebles de la sala fueron arrinconados, pero no proscritos; y como la moda es tan caprichosa, las restauraciones se pusieron á la orden del día, y aquellos muebles se vengaron del abandono, volviendo á presentarse en escena más orgullosos que antes.

Así va el mundo.

Entre nosotros, ni en moda, ni en política, puede nadie decir de nadie, ni de nada, que ha terminado definitivamente su carrera.

Pero entremos á ver á la familia.

En una asistencia pequeña, alumbrada por una bujía de esperma, y amueblada con sillones y sillas de caoba tapizadas de cerda negra, conversaban tranquilamente

don Bartolo y doña Guadalupe, mientras Elena dormitaba en un sillón.

—Son ya las diez, decía don Bartolo: me parece que puedes decir que nos sirvan la cena, para que nos vayamos á la cama.

—Otro día que se ha pasado sin que tengamos noticia de Eduardo; estoy con mucho sobresalto.

—Dios le cuidará.

—Algunas veces me pesa de haberle dejado ir.

—No era posible detenerle: su obligación como mexicano le llama allí, y debe cumplir con sus deberes.

—Con razón nunca me ha gustado que se meta en política.

—Esto no es meterse en política, señora: yo no le habría nunca aconsejado que tomara las armas, porque al fin soy su padre, y siempre habría querido verle á mi lado; pero me siento orgulloso al ver que ha comprendido su obligación: yo en mi país y en su caso, habría hecho lo mismo. Dios no permitirá que le suceda una desgracia; pero si así no fuese, me quedaría el consuelo de que había cumplido con su obligación. Conque no llores, y despierta á Elenita y pide la cena.

Dos fuertes golpes dados en el aldabón de bronce sonaron en el zaguán.

—Tocan, dijo don Bartolo.

—¿Visitas á esta hora? dijo Elena despertando.

Se oyó el ruido de la cadena del zaguán, que se desprendía; rechinaron los goznes, sonó la puerta al volverse á cerrar, y los pasos de dos hombres se escucharon en el patio.

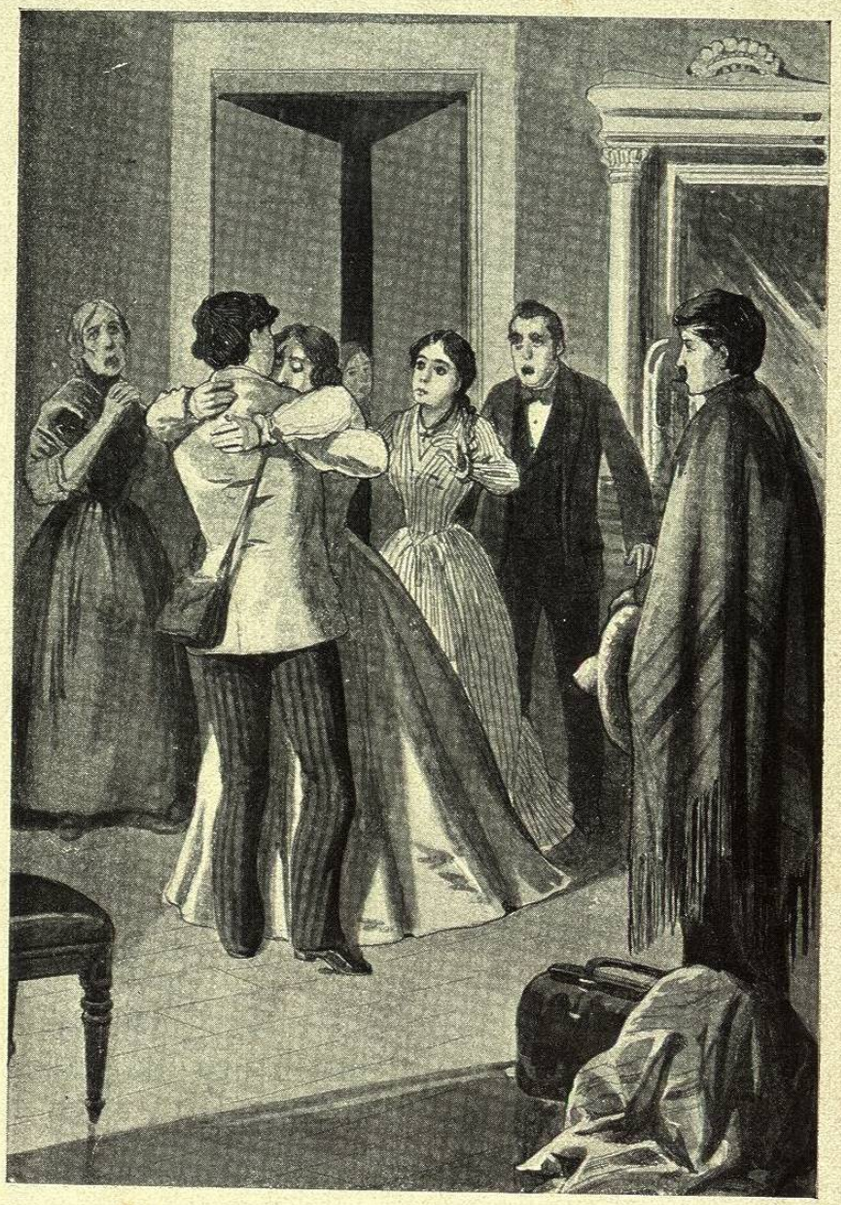
Doña Guadalupe alzó la cortinilla del balcón para ver quiénes eran.

Dos hombres pasaban bajo la luz del farol, y uno de ellos alzó la cara.

—¡Mi hijo! gritó doña Guadalupe, lanzándose al corredor.

—¡Eduardo! gritó Elena siguiéndola.

—¡Dios mío, Dios mío! dijo el viejo, ¡que no venga indultado!



... cayó casi desmayada de emoción en los brazos de su hijo...